

Una noche en la celda del padre Feijóo

No se concibe a Alejandro sin Bucéfalo, al Cid sin Babieca; no puede haber Santiago en pie, Quijote sin Rocinante, ni poeta sin Pegaso.

(Rubén DARÍO)

1750 Oviedo es todavía un escondite recoleto. Si queréis comprobarlo no tenéis más que entrar. Pero antes, un consejo. Ser prudentes. No hagais ruido porque podéis distraer a los que, llevados por la vocación, se han albergado para siempre en una celda benedictina.

En la plaza de San Vicente, dentro de la vetusta muralla de la ciudad, nos encontramos con el convento del mismo nombre.

Un reverbero de aceite alumbraba nuestros pasos. Ya estamos cerca del caserón. En los altos muros conventuales, muchas ventanas. Y allá arriba un balcón y una luz muy débil que apenas puede escaparse para dormir entre el empedrado del patio.

Ese benedictino que está velando ha llegado a Oviedo por la orilla del Cantábrico, desde el monasterio de Samos. Van a cumplirse cuarenta y un años. Desde entonces no le ha sido suficiente el día ni la noche para elaborar sus libros. Ahora es Abad del convento y profesor de Teología de la Universidad.

Por la mañana le trae el correo mucha correspondencia. De todas las provincias de España y hasta del extranjero le piden aclaración de milagros, consejos para asuntos de familia y diversidad de problemas espirituales.

Algunas tardes entran en el convento personajes envainados en levitas de largos faldones y sombreros de copa muy altos. Van a visitar al Abad, que leerá en alta voz su nueva obra, inédita. La misma que le robó anoche las últimas horas de reposo, cuando vimos la luz encendida.

Si no tiene visita, el Abad sale de paseo cruzando las huertas. A su regreso, después del chocolate al aire libre, vuelve a batallar con la pluma.

1950 Una mano amiga* nos ha facilitado las llaves de la celda que ocupó el Padre Feijóo.

Ascendemos hacia ella por una escalera de piedra, amplia, que solamente puede pertenecer a un convento o a un palacio. Reina en el caserón un silencio sepulcral. De vez en cuando se escucha un leve aleteo de los murciélagos que vuelan alrededor de las bóvedas. Clásicos murciélagos que inspiraron a Strauss.

Queremos prolongar la intriga, la emoción inefable de conocer la celda del polígrafo. Mientras tanto sigue trabajando la imaginación. Ahora estamos de codos en un ventanal del alto claustro y contemplamos en el centro del patio una fuente exhausta que tiene cierto aire romántico.

¡Cuántas generaciones de monjes —pensamos— habrán aplacado su sed en esta fuente! ¡De cuántos acontecimientos no podrían hablarnos estos claustros que callan, esta piedra milenaria que duerme, inerte, impasible, ante el paso terrible de los siglos! Si estas cabezitas de benedictinos que vemos esculpidas a modo de ménsulas contaran lo que vieron sus diminutos ojillos berroqueños...

"Este vetusto monasterio ha visto,
Secos de orar y pálidos de ayuno,
Con el breviario y con el Santo Cristo,
A los callados hijos de San Bruno".

No podemos contener más la impaciencia. Ante la cerradura de la celda vamos probando, una por una, todas las llaves que contiene el manojito. Hemos logrado abrir. Nos encontramos en un tenebroso zaguán. Volvemos a probar ante otra nueva cerradura todas las llaves... y, al fin, entramos en la celda del Padre Feijóo.

Muy sencilla. Un balcón amplio cuyas puertas están entreabiertas. A la izquierda de éste, la mesa de trabajo, de una sola pieza de roble que va atacando con dificultad la polilla. En uno de los lados un piadoso remiendo de madera nueva. Y en los travesaños, entre los bien moldeados pies, que tienen la pátina de lo clásico, un desgaste. Es el lugar en que el monje ponía los pies.

Detrás de la mesa, el sillón abacial pintado con purpurina. Enfrente la puerta de la alcoba de Feijóo trazada a todo lo largo de la celda, que ilumina una raquítica ventanita. A la derecha de la mesa de trabajo, escorzada, la puerta que conduce al coro y una estancia, reducida, que muy bien pudo servir de biblioteca.

Una corriente de aire, que ha surgido al asomarnos al balcón, cierra de golpe la puerta de la celda. Es imposible salir. Las llaves han quedado puestas en la cerradura por la parte de fuera. Resignación.

Estamos completamente a oscuras. No nos queda más remedio que pernoctar en la celda del Padre Feijóo.

El agua de una lluvia torrencial, espontánea, tormentosa, arrolla por la piedra del caserón. Un trueno turba la tranquilidad conventual, simultáneamente iluminado por un relámpago.

Acurrucados en el sillón de purpurina, vamos a tratar de conciliar el sueño.

—oOo—

DEL claustro de piedra, donde hemos visto la fuente, suben, por invisible escala, cánticos divinos, coros de ángeles rechonchos que vió Rubén. Música de armonium, chasquidos de disciplinas, golpes de pesadas horquillas contra las losas del claustro. Y ahora, incienso, mucho incienso, infinidad de incienso que lo invade todo.

Por una de las extrañas ideas que barajan los sueños, vemos el claustro dentro de la celda. El mismo que habíamos visto antes. Percibimos ásperos chirridos un tanto lejanos, pero que van aproximándose hacia nosotros. Es el Padre Feijóo dentro de un carretón de madera tosca. Ahora podemos verle. Anciano. Aventajada estatura. Nariz de garfio, cara alargada y el labio inferior belfo.

Pero... ¿Qué vemos...? Rubén Darío vestido con el hábito de la Orden de San Bruno, tira del carretón. Viene hacia la celda. Ocultémosnos.

Rubén se ha sentado en el sillón abacial y tiene en la mano una pluma de ganso. El Padre Feijóo va dictando muy bajo, con palabra espaciada, una carta dirigida a don Pedro Peón, de Villaviciosa.

"Ya que Vd. me pregunta por los milagros de acá, podría darme noticia de los que por ahí se

observaron y apuntó la gaceta con ocasión de la muerte del P. Uceda.

"El P. Torre está empeñado en hacer otro de más utilidad; que es, el santificar enteramente a esta ciudad por lo que mira al sexto mandamiento. Para este efecto ha hecho (y acuso prosigue) una misión a la dragona, como llaman los protestantes a la que Luis XIV quería convertir a los calvinistas de su Reino. Llenóse de probetas la fortaleza, y ahora se van despachando a varias partes para que con su buen ejemplo, edifiquen y fructifiquen en otros pueblos, con lo que ha quedado éste desprovisto del género, que si de ese país no viene una recluta, están perdidos los aficionados. (1).

Rubén ha dejado la pluma en el tintero de Talavera. Se ha cruzado de brazos y sonríe al benedictino. Ahora sucude sobre el escrito la salvadera. Ya vuelven a chirriar las ruedas del carretón. Ya amanece. Ya van pasando las alucinaciones. De la lejanía viene la música cristalina de unas campanas y en nuestro cerebro cansado, van borrándose, paulatinamente, las imágenes de dos monjes que han venido a visitarnos a la grupo de un pegaso de incienso.

Marino GOMEZ SANTOS.

Oviedo, Marzo de 1951.

(1) Esta carta es inédita, o al menos no tenemos conocimiento de su publicación.

"España" Fauget, 1951